

Entre los casos que el Vicario D. Juan Altamirano de Villanueva tenía muy bien averiguados y refirió al P. Florencia, mencionamos un raro suceso que aconteció á un indiecito, por contener una muy buena lección para nosotros.

“Un muchacho natural, que sirve en su casa, á trece de Agosto del año pasado (1687), fué á encender un cirio que alumbrase á la principal Imagen de las copias de Nuestra Señora de Guadalupe que están en su Pozo (en el Pocito): devoción que los naturales tienen en memoria del tránsito de la Virgen Madre de Dios, que es opinión fuese en ese día, así como el de su resurrección y coronación á la diestra de su Hijo en el día quince. El muchacho volvía del Pozo después de haber ofrecido el cirio á la Santa Imagen, cuando en aquél distrito (trecho) que hay hasta las casas del Vicario, se le allegaron otros tres muchachos, al parecer de su edad y talla, vestidos con asco y decencia, pero descalzos como los indios andan: los rostros bellísimos que se hacían ver y notar con su misma hermosura; y tan alegres y halagüeños, que aunque no pensó el muchacho por entonces que podían ser más que humanos, pero fué tanta la alegría y júbilo en que iba entre ellos, que no acababa de extrañar la novedad que le hizo. Preguntóle uno de ellos que de dónde venía? Respondió que de ofrecer un cirio encendido por su devoción á la Imagen de Guadalupe del Pozo. *Dichosos* (dijo entonces el muchacho ó quien era) *los que sirven á Nuestra Señora de Guadalupe*. . . Y llegando en estas pláticas enfrente de la Iglesia, añadió con tal afecto, que, según el indiecito afirma, le enternecía y derretía su corazón: *¡Si supieran todos lo que es y lo que vale servir á Nuestra Señora de Guadalupe!*” Y diciendo esto y volviendo el indiecito que iba acompañado de ellos á verlos, no vió ni aun divisó á nadie, porque se le desaparecieron del lado, sin saber cómo ni cuándo. Apresuró el paso, ni turbado, ni temeroso, como él decía y dice hoy, sino tan alborozado, que no le cabía el corazón en el pecho, y contándoselo, luego que entró en la casa, al Vicario, le dijo: que le pusiese la mano en el pecho, y vería los saltos que de placer le daba el corazón. Y testifica el Vicario que así lo hizo; y experimentó, que como lo decía, así era (pág. 159).”

El P. Florencia, que acabó de escribir su *Estrella del Norte* por el año de 1688, después de haber referido en *nueve capítulos* muchos de los más probados milagros y beneficios de la Virgen de

Guadalupe, concluye: “Dejo aquí, por no alargar esta Historia, otros catorce casos en que la Virgen de Guadalupe ha acudido á sus devotos al parecer milagrosamente, y que estaban en su Iglesia en otras tantas tablas pintadas.”

Y concluyamos con reflexionar á menudo sobre aquellas palabras que oyó el indiecito: *¡Dichosos los que sirven á Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Si supieran todos lo que es y lo que vale servir á Nuestra Señora de Guadalupe!*

## CAPITULO XVII

### Primeras obras impresas sobre la Aparición de la Virgen en el Tepeyac.

P. MIGUEL SÁNCHEZ DEL ORATORIO Y EL P. MATEO DE LA CRUZ DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.—Pbro. LUIS LASSO DE LA VEGA Y LUIS BECERRA TANCO DEL ORATORIO.—P. CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

#### I

Desde la Aparición hasta el año de 1648 habían transcurrido ciento diez y siete años, sin que saliera á luz historia alguna impresa, que refiriese con sus pormenores esta singular manifestación de amor de la Virgen Madre de Dios á los mexicanos. A decir verdad, con respecto á los naturales, poca ó ninguna falta hacía la impresión de tal historia, porque ellos en sus Cantares, Mapas ó Pinturas, Bailes, Danzas simbólicas y Relaciones escritas en lengua azteca, tenían registrado todo el portentoso suceso. Y las frecuentes y numerosas peregrinaciones entre año al Santuario mantenían muy viva en todos la Tradición del milagro. Para los españoles residentes en México desde la Aparición y para sus descendientes, tampoco hacía mucha falta una relación en Castellano. Ya hemos visto



cómo en 1556, los españoles fueron los primeros en levantarse contra aquel malhadado predicador, por lo que el Arzobispo Montúfar se vió precisado á sustanciar un proceso canónico. Hablamos aquí, por supuesto, de la parte sana de los castellanos y no de unos cuantos encomenderos, esclavizadores y repartidores de indios que veían en la Aparición una tremenda reprensión de sus crueldades. Hemos visto también cómo después de la inundación de 1629 los españoles residentes en México empezaron á celebrar por su cuenta una fiesta anual propia en honor de la Virgen de Guadalupe en el Santuario. Añádese á esto, que los Vireyes no mucho después de la Aparición empezaron á tomar el bastón del mando en el Santuario de Guadalupe y de allí hacían la solemne entrada en México. De D. Martín Enriquez, que fué el cuarto Virey y llegó á México á fines de 1568, lo sabemos por el testimonio del escritor Juan Suárez Peralta, hijo de los primeros pobladores de Nueva España, en su "Tratado del descubrimiento de las Indias," impreso después en Madrid el año de 1878.

En el cap. 31 escribe: "Llegó el Virey á Nuestra Señora de Guadalupe que es una Imagen devotísima que está de México como dos legüechuelas, la cual ha hecho muchos milagros (aparecióse entre unos riscos; á esta devoción acude toda la tierra), y de allí entró en México . . . ." De los otros Vireyes baste decir lo que escribió el P. Torquemada, el cual, hablando de D. Luis de Velasco, segundo de este nombre y octavo Virey de Nueva España, nota que "antes de entrar en México el 25 de Enero de 1589 hizo noche en Nuestra Señora de Guadalupe, lugar á donde todos los Vireyes paran y donde les hacen algunas fiestas." (Monarquía Indiana, lib. I, cap. 27.)

Estos actos tan solemnes y públicos no podían menos de traer á la memoria el origen sobrenatural del Santuario: sin embargo, no se puede negar que para los que acababan de llegar de Europa á México, estas manifestaciones no bastaban para que tuviesen claro conocimiento de la Aparición. El célebre P. Baltasar González de la Compañía de Jesús, de quien más adelante nos ocuparemos, quejábase en este tiempo "de los que tenían una idea muy confusa del Santuario y de la Santa Imagen, pero ignorantes del misterioso origen del celestial retrato de la Reina del cielo;" lo que, por lo dicho, no pudiéndose entender de los naturales, referíase á los que del Antiguo Continente estaban recién llegados á México.

Para remedio de este olvido el Pbro. Lic. Miguel Sánchez, natural de México, que fué después del Oratorio de San Felipe Neri, á mediados del año de 1648, imprimió en México una Historia de la Aparición, con el título siguiente:

"Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe, milagrosamente aparecida en la ciudad de México, celebrada en su Historia con la profecía del Capitulo Doce del Apocalipsis. A devoción del Br. Miguel Sánchez, Presbítero. Dedicada. . . . Año de 1648."

Tuvo el P. Sánchez las dos propiedades de un Escritor fidedigno y autorizado: *ciencia y veracidad*. Pero con ser "catedrático de Teología y Maestro del púlpito, asombro de la predicación en nuestra América, desechó todas las conveniencias, contentándose con un pobre aposento, un Crucifijo, una Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, un San Agustín y sus obras." Por más pormenores, léanse las "Memorias Históricas de la Congregación del Oratorio de la ciudad de México (part. I, lib. 4, cap. 12)." Y este sabio y santo varón fué el primero que *imprimió*, pero no que *escribió* sobre la Aparición de la Virgen de Guadalupe. De esta Historia habla el P. Florencia en estos términos: "El Lic. Miguel Sánchez, sacó á luz un libro no tan crecido por el cuerpo de su volumen cuanto grande por la sustancia de sus conceptos y por la calidad de su erudición sagrada y política. Recogió con exacta puntualidad todo lo que la tradición y papeles manuscritos contenían . . . . Sacó lo más de esta Historia, como dice en su Prólogo, de unos papeles antiguos que conservó la prudencia de algún curioso y más la disposición divina, PARA QUE NO SE DEBIESE EL CRÉDITO DE ELLA, POR PARTE DE LOS ESPAÑOLES, Á SÓLO LA TRADICIÓN y también constase que EL NO PARECER OTROS ESCRITOS ANTERIORES, NO FUÉ POR NO HABERSE ESCRITO, SINO POR NO HABERSE ESTAMPADO." (Estrella del Norte, Cap. XIV, pág. 97).

Efectivamente, lo que el P. Sánchez dice en el Prólogo, es una prueba incontestable de la verdad de la Historia que escribió. Copiemos las cláusulas principales:

"Determinado, gustoso y diligente, busqué papeles y escritos tocante á la Santa Imagen y su milagro; no los hallé, aunque recorrí los Archivos donde podían guardarse; supe que por accidentes del tiempo y ocasiones se habían perdido los que hubo. *Apelé á la*



providencia de la curiosidad de los antiguos, en que hallé unos, bastantes á la verdad, y no contento, los examiné en todas sus circunstancias, ya confrontando las crónicas de la Conquista, ya informándome de las más antiguas personas y fidedignas de la ciudad, ya buscando los dueños que debían ser originarios de estos papeles. Y confieso que aunque todo me hubiera faltado, no había de desistir de mi propósito, cuando tenía de mi parte el derecho común, grande y venerado de la Tradición en aqueste milagro, antigua, uniforme y general....”

Lo que el P. Sánchez escribió en el Prólogo, lo confirmó con la santidad del Juramento en las Informaciones sobre la Aparición, recibidas en 1666, es decir, diez y ocho años después de haber dado á la imprenta su Historia. Pues á los 18 de Febrero de 1666, requerido por los jueces el P. Sánchez “*in verbo sacerdotis*,” puesta la mano en el pecho, en debida forma de derecho y so cargo de él prometió decir verdad.... A la segunda pregunta dijo: “que con toda diligencia inquirió el buscar las más seguras noticias de esta Tradición y Aparición por verse obligado á ir disponiendo un libro que con efecto hizo, formó y dispuso, intitulado “Imagen de la Virgen Santísima de Guadalupe,” (que es la que está en dicha Ermita de su milagrosa Aparición, que está extramuros de esta ciudad) que dió á la imprenta y ha corrido con licencia y aprobaciones.... (Informaciones, pág. 68).

Prosigue el P. Florencia: “Con este libro se avivó grandemente la devoción á la Sagrada Imagen: y desde entonces al paso que creció la noticia de su prodigioso origen, se aumentó la de su venerable Santuario: tomando en sí el adelantamiento de su culto y veneración los Sres. Vireyes y Arzobispos á porfia; acudiendo á él los sábados y otros días de especial devoción á su Letanía y Rosario, llevando tras sí con este público ejemplo la piedad mexicana muy pronta siempre para semejantes demostraciones de afecto y devoción de María: enriqueciendo su templo con lucidos altares, frontales de plata y seda: lámparas y tronos también de plata. (Pág. 97.)

Pero, advierte el mismo P. Florencia, “como la curiosa y e: tretienda amenidad de floridas erudiciones (del P. Sánchez), cortando á cada paso el hilo de la Historia, divierte del camino derecho de la narración continuada.... se echaba menos una relación historial y seguida del milagroso suceso. A ésta se aplicó el año de 1660, el P. Mateo de la Cruz, Profeso de nuestra Compañía de Jesús y Pre-

dicador de calificado talento y espíritu, y la ajustó con tantos cabales de perfectos, que es, á mi sentir y al de muchos, la más bien escrita relación que ha salido. Imprimióla en Puebla de los Angeles sin su nombre por modestia, con ocasión de un rico y lucido colateral que erigió en la Iglesia Catedral el mismo año el Dr. D. Juan García de Palacios, Canónigo Doctoral de ella.... Contentó tanto esta relación que habiendo llevado consigo de México á España el Sr. D. Pedro de Gálvez, del Consejo de su Majestad en el Supremo de Indias (Visitador de Nueva España, mandado por el Rey), un retrato de la Santa Imagen, y colocado en una capilla del Colegio de Doña María de Aragón, del gran Padre de la Iglesia San Agustín en Madrid, encomendó á la devoción del M. R. P. Maestro Fray Miguel de León, del mismo Orden, la diese, como la dió otra vez, á la stampa el año de 1662, con una Imagen de la original de México al principio, que cuatro años antes (1658), había hecho abrir en lámina el Reverendo P. Fray Miguel de Aguirre, Predicador de su Majestad, con el mismo fin de acreditar el Tra-sunto de la Venerable Imagen mexicana de Guadalupe que puso en la insigne capilla Copacavacana del Perú, su patria, cuando la edificó en el Convento de los Padres Descalzos del Prelado de la Orden de San Agustín....” (pág. 98).

El P. Alegre (Tomo III, lib. IX, pág. 59) en los apuntes biográficos del P. Mateo de la Cruz, con respecto á sus obras escribe: “La Biblioteca de la Compañía hace memoria de él por algunas pequeñas obras que dió á luz; tuviera aún mucho mayor nombre entre los sabios si se hubieran dado á la stampa muchas obras que dejó manuscritas.... El sumo costo de las impresiones en América nos hace carecer de estas obras y de otros monumentos no menos dignos de la erudición del P. Mateo de la Cruz y de su ternísima devoción para con la Madre de Dios.”

Entre los “Opúsculos Guadalupanos” impresos en México el año de 1781, hállase la relación escrita por el P. Mateo de la Cruz con el título siguiente: “Relación de la Milagrosa Aparición de la Santa Imagen de la Virgen de Guadalupe de México, sacada de la Historia que compuso el Br. Miguel Sánchez... Tercera Edición, México, Calle de la Palma, año de 1781.”



## II

No habían pasado seis meses desde la impresión de la Historia del P. Sánchez, cuando á principios de Enero de 1649, el Br. Luis Lasso de la Vega, Capellán y Vicario del Santuario de Guadalupe, presentó para la aprobación eclesiástica, una "Relación (en lengua mexicana) de la Milagrosa Aparición de la Imagen de la Virgen Santísima Madre de Dios y Señora Nuestra que se venera en su Santuario de Guadalupe." Ya se dijo al principio de esta Historia (Lib. I, cap. 3, pág. 59), que el autor de esta Relación fué, á no dudarlo, el noble indio Antonio Valeriano; y por consiguiente Lasso de la Vega no fué más que el editor de ella. En resumen, las pruebas son: primero, el testimonio de Luis Becerra Tanco, el cual afirmó que el cuaderno que poseía Fernando de Alva, y en que se referían las apariciones fué "el que se dió á las prensas por orden del Lic. Luis Lasso de la Vega, Vicario del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, año de 1649," (Información, pág. 147). Sigue el testimonio del P. Florencia, cuyas palabras son: "Fernando de Alva tenía y mostraba un cuaderno escrito en letra de nuestro alfabeto, en muy elegante estilo mexicano, y en éste se contaban por extenso las apariciones. Este papel fué el que sacó á luz de la estampa en México, el Lic. Luis Lasso de la Vega, año de 1649 (Estrella del Norte, cap. XVI, pág. 106). Confírmalo el caballero Lorenzo Boturini, el cual escribió: "Esta (Historia impresa en lengua *Nahuatl* por el Br. Luis Lasso de la Vega) no es ni puede ser de dicho autor, antes sí se arguye ser de D. Antonio Valeriano ó de otro indio alumno del Colegio imperial de Santiago Tlaltelolco, contemporáneo del milagro de dichas Apariciones, y lo probaré con argumentos sólidos en la mía que estoy escribiendo de la Santísima Señora. . . ." Después de haber apuntado algunas razones en prueba, concluye: "más bien creo que (Lasso de la Vega) casualmente halló algún manuscrito antiguo de Autor indio, y no hizo más que imprimirlo y ponerle su nombre, quitando con simpleza no sólo á los naturales la honra de haberlo escrito, sino también la antigüedad á la Historia. (Catálogo del Museo Indiano, § XXXIV, n. 3, pág. 80-82.)

En fin, una prueba intrínseca de que Lasso de la Vega no pudo

ser el autor de dicha Relación, nos la da el P. Baltasar González, de la Compañía de Jesús, en el dictamen ó parecer que dió para la impresión de ella.

Con la fecha de: Seminario de San Gregorio en 9 de Enero de 1649 años, escribía "que por orden del Provisor y Vicario general del Arzobispado de México, había leído la relación de la Milagrosa Aparición de la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe: *que en propio y elegante idioma mexicano*, pretende dar á la imprenta el Br. Luis Lasso de la Vega. . . ." Pues bien, la *propiedad y elegancia del idioma mexicano* se encuentra y se admira solamente en el tiempo en que la Virgen se apareció, y no ya en el siglo siguiente, en que por haberse prohibido la enseñanza de la lengua azteca, se fué perdiendo la propiedad y elegancia. No insistimos en esto por ser evidente é incontestable, y puede verse lo que Bartolache dice en su *Manifiesto Satisfactorio*, pág. 5, núm. 6.

Y una prueba más fehaciente tenemos en lo que el Arzobispo Moya y Contreras escribió á Felipe II á 30 de Marzo de 1578 en contestación á la Real Cédula en que mandaba le envíe á España la Historia del P. Sahagún "sin que quede acá traslado ni ande impresa ni de mano." "V. M. estime la lengua mexicana de este religioso, que es la *más elegante y propia que hay en estas partes*: porque con él se *va perdiendo la propiedad de la antigüedad* del lenguaje." Nótese que el P. Sahagún, llegado á México en 1529, aprendió en breve y con tal perfección la lengua mexicana, que en 1540 escribió "unos sermones de Dominicas y Sanctos, en lengua mexicana, no traducidos de Sermonario alguno, sino compuestos nuevamente á la medida de la capacidad de los indios." Así el mismo P. Sahagún (Icazbalceta. Biografía del P. Sahagún, en la Bibliografía mexicana del Siglo XVI, §. 16.)

Que el P. Baltasar González fué un testigo mayor de toda excepción en lo que toca á noticias de lengua y documentos aztecas, lo atestiguan los PP. Florencia y Oviedo de la Compañía de Jesús. El P. Florencia en su "Estrella del Norte," escribió que "el P. Baltasar González, Profeso de la Compañía de Jesús, fué varón tan eminente en la lengua mexicana, y tan insigne predicador en ella, que le llamaban y con razón el *Cicerón Mexicano*; y pudieran por el empleo de predicar y confesar con infatigable aplicación á los indios (abandonando empleos de más esplendor para los que le